



MISTERIOS EN EL HOSPITAL



DAVID LOZANO

MAYRA BRÓCOLI

LA ESTRELLA INVISIBLE



edebé

MISTERIOS EN EL HOSPITAL

MAYRA
BRÓCOLI

LA ESTRELLA INVISIBLE

MISTERIOS EN EL HOSPITAL

MAYRA BRÓCOLI

LA ESTRELLA INVISIBLE

DAVID LOZANO



Ilustraciones de David Guirao

edebé

© David Lozano, 2019

© Ed. Cast.: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
© *Ilustraciones:* David Guirao

ISBN: 978-84-683-4268-9
Depósito legal: B. 7929-2019
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



ÍNDICE



1.	Brócoli marciano	7
2.	El Vestuario de los Ausentes	13
3.	Los melan-cólicos	18
4.	La mordedura del mono cornudo	24
5.	La válvula del Garrafa.	32
6.	La enana amarilla	39
7.	Lucas Maggiani, el científico loco	45
8.	Una bolsa de mercancías peligrosas.	52
9.	La brocolitis aguda no se va	58
10.	El arma secreta del Intrigas	62
11.	Un botijo tecnológico y un fuelle con tubo de escape.	68
12.	El botijo desgravitador	76
13.	El fuelle abrumador.	84
14.	La curación de Rubén y el trasero de Tremendo Paco.	91
15.	El vigía en el palo mayor.	97
16.	El satélite-incordio	103
17.	La fuga de Mayra Brócoli	106
18.	Peróxidos, amperios y guantes	112
19.	Anión, bimetal y alotropía	117
20.	La esperanza de una astrofísica	124
21.	Una distancia de millones de kilómetros	128

22.	El tele-caleidoscopio	133
23.	La tormenta de confeti	138
24.	Estrellas y dunas de confeti.	144
	Epílogo	151





Brócoli marciano

Mayra, conocida como Mayra Brócoli por su espesa cabellera en forma de mata, lleva dieciséis días ingresada en el hospital.

¡Más de dos semanas durmiendo en la habitación 806!

Con tantas horas de cama, su pelo ha terminado pareciéndose a un brócoli marciano, levantado por un lado y hundido por el otro. Incluso un mechón le sale del cogote y se mantiene tieso horizontalmente, como una antena. Semejante «peinado» la convierte en una mezcla de extraterrestre y robot. Por no hablar de cómo le queda el pijama de hospital... De hecho, Mayra cree que si fuera a una fiesta de Halloween no necesitaría maquillarse para dar miedo. O pena. O las dos cosas.

Tal como va, sería suficiente. Estropea mucho estar mala.

Ella lo piensa un momento. ¿Por qué todavía se asombra de su aspecto, después de dieciséis días allí? Tendría que haberse acostumbrado, pero continúa sorprendiéndose cada mañana cuando se levanta.

—¿Esta soy yo? —se pregunta ante su silueta.



Y sí; siempre lo es.

Menos mal que el espejo del baño no responde, como ocurre en el cuento de Blancanieves. Si pudiera hacerlo, seguro que le diría algo tipo: «Aléjate un poco, que con esa pinta asustas».

Mayra lo confirma: las enfermedades no favorecen nada. Y cuanto más duran, peor.

Aun así, ella es tan optimista que, cada día, sale de la cama convencida de que habrá recuperado la imagen que tenía cuando se encontraba bien.

Y no. No ha ocurrido eso ninguna de las dieciséis mañanas que lleva allí.

¡Habrá que seguir intentándolo! Mayra Brócoli no se rinde. Jamás pierde la esperanza. Además, ha aprendido a reírse de su propia apariencia. Se lo toma con humor porque es la mejor medicina. Lo ha comprobado: cuando ríe, su ánimo mejora y vuelve a sentirse guapa.

—¡Abuela!

Mayra la llama por segunda vez, pero la mujer se ha dormido en el sofá de la habitación y no responde. ¿Cómo la va a oír, si ronca como un elefante con la trompa taponada? Un elefante de ochenta y cinco años, además.

Esa situación es, junto con su penosa imagen matutina, otra de las rutinas en el hospital: su abuela llega por la mañana, prontito, para hacerle compañía. Los padres de Mayra besan entonces a su hija, se despiden y se van a trabajar. La abuela se sienta a continuación en el sofá, se pone a leer una revista y se duerme a los cinco minutos.

No falla.

Es lo que ocurre los lunes, los martes, los miércoles, los jueves y los viernes.





Menos mal que lo que cuenta es la intención, porque compañía, lo que se dice compañía, su abuela le hace poca a Mayra. Y eso que toda la familia está muy preocupada por su salud (aunque lo disimulen).

En esta ocasión, Mayra prefiere no despertarla; por eso busca otras distracciones. Decide levantarse de la cama para contemplarse de nuevo en el espejo del baño. Hay que tener mucha moral para hacer algo así, en su estado. A pesar de ello, Mayra se calza las zapatillas y avanza dispuesta a recrearse en su aspecto robótico-marciano.

Frente a su reflejo en el cristal, ella descubre con alivio que, esta vez, no es para tanto. Mantiene su palidez, eso sí, aunque sus ojos, grandes y verdes, brillan muy vivos bajo ese pelo de bruja hiperactiva sin escoba. Cualquiera pensaría que sigue siendo humana, incluso. Mayra suelta una risita que tampoco interrumpe el sueño de su abuela. Haría falta una explosión nuclear de veinte megatonnes para lograrlo. Después se intenta alisar el cabello con un cepillo, sin éxito. Al final se hace las coletas de siempre y así neutraliza la mata de pelo rebelde.

En ese instante Mayra sufre un mareo, así que se apoya en el lavabo hasta que se le pasa. Ha aprendido a reconocer los síntomas de su enfermedad, que ha bautizado como «Brocolitis aguda» hasta que descubran cuál es.

Porque nadie sabe aún lo que le causa la fiebre. Ni su familia, ni sus amigos ni los médicos. Nadie. Por eso lleva tantos días en el hospital.

Mayra piensa que todo enfermo sin diagnóstico tiene derecho a inventarse un nombre para su enfermedad. Es lo que ha hecho ella, y se trata de uno que le fascina: «Brocolitis aguda». También se le ocurrieron otros nom-

bres como «mayritis», «brocolisma»..., pero le gustaron menos.

«Estoy brocolítica», piensa, exagerando un gesto dramático ante el espejo.

Suena grave, pero confía en que no sea para tanto. Su misteriosa enfermedad provoca agotamiento, malestar general y dolor de cabeza.

La temperatura de su frente ha comenzado a subir. En media hora se tomará las pastillas que le tocan y Mayra volverá a sentirse mejor. Hay que resistir.

A sus diez años de edad, ella nunca había estado mala tanto tiempo. Es lo que tienen las dolencias raras como la que Mayra padece, que al principio nadie acierta con la medicina que puede curarla. ¡Dieciséis días en el hospital! Se trata de un récord que no le hace ninguna ilusión, aunque Mayra oculta un secreto que la ayuda a superar esas jornadas tan largas: ¡el Vestuario de los Ausentes!

Lo pronuncia ante el espejo con admiración, en voz baja:

—Vestuario de los Ausentes.

Consiste en un refugio ubicado en los sótanos del hospital, donde se custodia el tesoro más extraño del mundo: ¡una colección de ropas mágicas!

Esos vestidos son como disfraces, pero en realidad se trata de prendas auténticas con un efecto especial: transmiten la habilidad de la persona que se vistió con ellas por última vez. Si, por ejemplo, descubres allí la ropa de un dibujante y te la pones, de pronto eres capaz de dibujar maravillosamente bien. Si escoges la de un aviador, sabes pilotar un avión sin problemas.

Es alucinante. Verdadera magia.



A Mayra casi se le corta la respiración al recordar su primera visita a ese rincón prohibido: el Vestuario de los Ausentes.

Fue increíble...

¿Podrá volver allí?

